

La Novela Corta



Pasiones

POR

5 cts. COLOMBINE

ESTA OBRA NOVELA Corta

SE PRESTA

Director: José de Urquía

Números publicados por LA NOVELA CORTA en el presente año.

53.—SANTIAGO RUSIÑOL.—El pueblo gris. (Número extraordinario.)

54.—IGLESIAS HERMIDA.—De caballista a matador de toros.

55.—JOSÉ FRANCÉS.—La piedra en el lago.

56.—JOAQUÍN BELDA.—Un Van-Dick auténtico.

57.—AZORÍN.—Los pueblos (Número extraordinario.)

58.—VARGAS VILA.—El maestro.

59.—COLOMBINE.—El perseguidor.

60.—MANUEL BUENO.—Jaime el conquistador.

61.—JOAQUÍN DICENTA.—¿Quién fuera tú! (Número extraordinario.)

62.—AMADO NERVO.—El diamante de la quietud.

63.—FRANCISCO VILLABESPESA.—Amigas Viejas.

64.—DIEGO SAN JOSÉ.—Murió como un halgo.

65.—NOEL.—Amapola entre espigas.

66.—EDUARDO ZAMACOIS.—Europa se va (Número extraordinario.)

67.—CONCHA ESPÍÑA.—El jayón

68.—EMILIO CARRERE.—El divino amor humano.

69.—GARCÍA SANCHIZ.—Escenas pintorescas. (Diario de un bohemio mundano)

70.—PÉREZ ZUÑIGA.—Seis días fuera del mundo. (Número extraordinario.)

71.—G. MEZ CARRILLO.—El Japón heroico y galante.

72.—POMPEYO GENER.—Un pontífice del ocultismo.

73.—VALLE INCLAN.—Eulelia.

74.—PEDRO MATA.—La excesiva bondad.

75.—LINARES RIVAS.—De mujer a mujer. (Cartas de mujeres.) (Número extraordinario.)

76.—PEDRO DE REPIDE.—La boda de Guadalupe.

77.—RAFAEL LOPEZ DE HARO.—El triunfo de la sangre.

78.—CRISTÓBAL DE CASTRO.—Las insaciables.

79.—JOAQUÍN BELDA.—Los secretos del mar. (Número extraordinario.)

80.—JOSE FRANCÉS.—El corazón ajeno.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

Administración: Calvo Asenio, 3—Apartado, 438—Teléfono, 5.224

En breve: EN LA EXTREMA LINDE, de

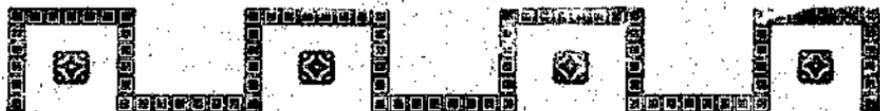
Marquina

ROSA DE LIMA, de

Guimerá

CLAVILEÑO, de la Condesa de

Pardo Bazán



R-4680-A

PASIONES

NOVELA INÉDITA

POR

CARMEN DE BURGOS

"COLOMBINE,"



LA VOCACIÓN

Cuando sus dedos oprimieron el botón del timbre de la puerta del hospital, Solange experimentó un alivio. Era como si allí se encontrara ella al abrigo de toda la tristeza emboscada en las calles de París. Después de tres años sin haber salido de entre aquellos muros que encerraban el dolor, ella también estaba un poco herida, un poco enferma, y pensaba que había hecho mal en salir. Era como esas enfermas impacientes que desean el alta antes de tiempo, y en cuanto se hallan lejos de la cama protectora, el frío de la calle enconó su herida y agrava su enfermedad.

En los primeros días de la guerra, Solange había ido al hospital de un modo un poco inconsciente. Habían sido unos días de efervescencia en toda Francia.

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

No esperaba nadie aquella guerra que los sorprendía, y conmovía profundamente el alma de toda la nación. Llegaban las noticias precipitadas, emocionantes, terribles, con una rapidez abrumadora: una declaración de guerra entre dos países, después otra, y otra y otra en seguida. Era como un gran incendio que corría y se propagaba; hoy prendía en unas y mañana en otras, voraz, temiendo, amenazando con convertir el mundo todo en una inmensa hoguera.

Todos los hogares habían sufrido aquella conmoción. En pocos días todos los hombres, movilizados, abandonaban sus familias para lanzarse al combate. Iban con fervor, con entusiasmo, a oponer la muralla de sus cuerpos para impedir el avance del enemigo que, después de arrollar Bélgica, invadía la Francia.

Todos parecían haber olvidado sus afectos más caros para no pensar más que en la patria. Resonaban cantos de guerra y de entusiasmo por todas partes.

«Aux armes citoyens»

como si fuesen a revivir los antiguos fastos de gloria.

Los que se iban, parecían más felices que los que se quedaban. A los primeros les empujaba su ardor, los mantenía su actividad; los otros se quedaban con todos los tormentos de la inacción, la incertidumbre y la impaciencia.

Las primeras páginas de la desesperación se escribían en las estaciones. Cuando llegaba el momento de partir los trenes, con el silbido fatal que daba la señal de la marcha, una ola de desesperación empujaba a las familias.

Un grito como de espanto se extendía por la multitud; todos corrían, agitando los pañuelos, a lo largo de los andenes, con la esperanza de contemplar más tiempo a los que se iban, mientras una formidable Marsellesa salía del fondo de los coches en movimiento.

Aquello duraba poco, se perdía el último esfuerzo de los que corrían al lado del tren y de los que sacaban la cabeza por la ventanilla; la Marsellesa se escuchaba pronto como un eco lejano, después un silbido parecía que la borraba, la apagaba. Se perdía todo a lo largo del camino, y los que se habían quedado se miraban desconcertados como si se preguntaran: ¿qué hacer? ¿Cómo oponerse a todo aquello? Entre las mujeres nacían decisiones heroicas, que las empujaban a la lucha, al trabajo, a algo que remediara de algún modo el tormento de que estaban condenadas.

Así, como la de otras tantas, nació la decisión de Solange. Así se sintió arrastrada hacia el hospital y experimentó el deseo de dedicarse a curar heridos. Era el deber de las mujeres. Ellas eran las madres, las hijas, las hermanas, las compañeras del soldado, y no debían resignarse a lamentar su suerte, debían ayudarle. Prestar sus servicios cada una como pudiera; que no hubiera mujeres emboscadas, como no debía haber hombres emboscados. No era ocasión de llorar y permanecer inactivas cuando su esfuerzo era necesario.

La vida de Solange se había deslizado hasta allí pacífica y tranquila; una vida sin convulsiones de ninguna clase, ni de dolor ni de alegría.

No había habido ni siquiera una pasión grande que la conmoviera. Ella tenía un carácter dulce, bien ponderado, poco a propósito para dejarse llevar de delirios imaginativos. Su madre, viuda muy joven, se había vuelto a casar con un hombre que la adoraba. Absorta en el amor de su marido tenía para su hija una ternura condescendiente, que la dejaba en entera libertad de satisfacer todos sus gustos y todos sus caprichos. Su padrastro, muy bien educado, no se metía para nada en sus asuntos y ella se cansaba de aquella libertad, de aquella

independencia, en la que moralmente se encontraba demasiado sola. La guerra no le había arrebatado ningún ser querido; pero había exaltado su imaginación para obligarla a salir de la vida contemplativa, aburrida y monótona. Dejaría de vegetar como tolerada en aquel rincón de su casa y recobraría personalidad para ayudar a los otros; en vez de setar aislada sería una persona útil, entraría en el concierto de la sociedad, sería enfermera en alguno de los muchos hospitales que se creaban para esperar el primer fruto de la guerra: los heridos.

¡Los heridos! Eran dos palabras, *los heridos*, que tenían algo fascinador, alucinaban, henchían el corazón de ternura y de amor por todos. Eran los únicos seres interesantes. Ya en vez de pensar en los jóvenes como en una multitud galante, fuerte, dispuesta al placer y la vida, había que pensar en una juventud de heridos, una multitud de hombres heridos creados para vivir sin el vigor de su edad.

Los hospitales se preparaban esperándolos y las mujeres acudían deseosas de aprender. Todos los días los médicos daban clase a las noveles enfermeras que se instruían en la manera de preparar los lechos, poner vendajes y cuidar a los enfermos; se las iniciaba en los misterios de la asepsia. Se aprendían los principios y los mandamientos de la ciencia: «Hay que desinfectarse las manos, no tocar nada después; usar sólo ropas esterilizadas... Poner inyecciones.»

Aquello les había parecido lo más difícil. ¿Cómo pinchar a nadie? Algunas se resistieron y hasta alguna renunció a ser enfermera; pero era precisa la entereza del que causaba un daño por evitar otro mal mayor.

Estaba todo preparado para recibir aquel batallón patético que podía llegar de un momento a otro. Las dos filas de lechos recubiertos de colchas blancas, todos los instrumentos quirúrgicos... el material de operaciones... hasta la cocina, cuyos servicios se habían desdeñado un poco, estaba pronta, con el fuego encendido, y una multitud de cocineras y pinches, de rostros bellos y siluetas finas, dispuestas a mondar las patatas y fregar las tazas.

Las enfermeras tenían todas sus lindas tocas blancas dispuestas y no pensaban en ningún otro traje.

Los heridos no llegaban. Se hablaba ya de combates, de bajas... pero no llegaban los heridos. A pesar suyo todas deseaban que llegasen los heridos. Los necesitaban ya y al no verlos llegar decaía su fervor y su entusiasmo.

LOS PRIMEROS HERIDOS

—¡De piel... ¡De pie, todo el mundo! ¡Los heridos están para llegar a la estación!

Era la subdirectora, una mujer pequeña, vivaz, píspireta, la que con un telegrama en la mano corría por los pasillos y por los patios, subía y bajaba escaleras, llamaba a las habitaciones de las enfermeras, y daba órdenes atropelladas.

—Encended todas las luces.

—Que no falte agua caliente.

—Cuidado con las camas.

En pocos minutos todas las enfermeras estuvieron prontas y corrieron al lado de la directora, que esperaba en el saloncito que se había preparado.

—¡Al fin vienen!

Habían exclamado todas y sentían que sus corazones latían con fuerza, como dominadas por el terror. Era como si ellas fuesen a entrar también en batalla. Experimentaban un miedo de debutantes; y sobre su propósito caritativo, dominaba su debilidad de mujer. Tenían que llegar al mayor de los sacrificios: a ver y tocar la sangre y las heridas. Ya era imposible desertar; estaban todas allí como obligándose las unas a las otras. Las salas con los lechos blancos, alineados en dos filas a lo largo de las paredes, también blancas, sus propios trajes, toda aquella blancura tenía algo de desolado, de frío, de tristeza de cementerio.

La directora era la viuda de un hombre ilustre que venía a decorar con su nombre el hospital. Una señora alta, fuerte, con los cabellos teñidos de un rubio de trigo y los labios pintados, llevaba sobre su traje una especie de casaca azul, en uno de cuyos ojales brillaba la Legión de Honor, que ya le había sido conferida.

Ella delegaba su autoridad, para hacerla efectiva, en la subdirectora y se reservaba el papel representativo, el de su gran nombre que servía de crédito y prestigio al hospital. Se decía, que por consideración a ella había cedido aquel palacio la condesa Hermanbille, trasladando su residencia a otro menos lujoso.

Conservaba el palacio su carácter aristocrático, severo, ostentoso. Rodeado de jardines, con árboles seculares cuyo ramaje acariciaba los balcones del segundo piso, con amplios patios enarenados, los salones con las pinturas Luis XV y los cuadros de Watteau encuadrados entre guirnaldas y dorados; la gran araña del despacho de la directora, que no se había querido quitar, todo contribuía a una solemnidad mayor.

—Hijas mías—arengó la directora con su voz lenta y acompasada, pues en ningún momento olvidaba la mesura y la importancia que debía conservar con su dignidad de viuda de un gran muerto—hijas mía (era la primera vez que no les llamaba señoritas), la difícil misión para la que tan pacientemente nos hemos preparado, va a dar comienzo. Espero que no habrá en vosotras un momento de vacilación ni desfallecimiento. Es preciso que la gran piedad de vuestros corazones quede estoicamente dominada por la fortaleza del ánimo. Francia, nuestra madre, nos exige este sacrificio. Demostrad que sois dignas de ser francesas.

Todas respondieron con frases afirmativas a aquella arenga, digna del difunto, pero la directora no despertaba el entusiasmo con su carácter frío y su inmovilidad de piedra.

—Id a cumplir vuestro deber—siguió ella.

Todas salieron de la «dirección», y una vez en la pieza inmediata, todas se miraron. La directora les había dicho *id*, pero no sabían donde.

Les parecía que se veían entonces por primera vez.

Solange no las conocía a todas más que de vista y en aquel momento no podía distinguir bien unas de otras, pues, las tocas blancas, con su albuza severa y casta, les hacía asemejarse a todas.

Apareció un médico con la subdirectora.

—Enfermeras de la sala núm. 1.

Se destacaron siete del numeroso grupo.

—Vayan a ocupar su puesto.

—Enfermeras de la sala núm. 2—añadió mientras salían, y después de ordenarles ir a su sitio, llamó de nuevo:

—Sala núm. 3

Era la suya. Salió de allí con otras seis compañeras que se esforzaba por reconocer.

Victoria, una jovencita feucha, delgada, de una delgadez aplastada por los costados, que daba idea de una mujer recortada, en perfil, sobre un cartón. Estaba siempre seria, inmóvil, y debía ser de familia rica y noble, porque era de las pocas a quienes sonreía la directora.

Elena, una rubia muy triste, con una belleza delicada y un aspecto de santa, todo resignación, silencio y fe.

Clotilde, la marquesita de Nausay, que reía continuamente de todo, y hasta en los momentos más dolorosos dejaba escapar su risa, con dulzura de bálsamo.

Margarita, una joven israelita, de ojos profundos, perfil purísimo, que tenía aire de gacela asustada y se estremecía cada vez que se le dirigía la palabra, como si todo le diese miedo.

Renné, una morena algo madura, calmosa, tan sosegada que parecía haber curado heridas mayores en la vida.

Elisa, una argelina de ojos grandes, naricilla picaresca y labios sensuales, muy pagada de su belleza, y que sin que ella se explicara por qué la miraba siempre hostilmente.

Volvió a oír la voz del doctor:

—Una enfermera de cada sala.

Todas se precipitaron a la puerta, pero ella había llegado la primera. El brazo del doctor se extendió delante de las otras.

—Basta—; y dirigiéndose a Solange:—Vamos a la puerta a recibir los heridos.

Bajaron las escaleras, cruzaron el patio principal, atravesaron las cocinas y

entraron en el gran patio interior, contiguo al jardín, donde podían entrar los camiones que conducían a los heridos.

El cielo brillaba sereno, con su tachonado de estrellas, sobre los muros, que tenían algo de claustro, y la fuente colocada en medio elevaba hacia las estrellas la flor de agua del surtidor que se abría y se deshojaba en la noche. Su gran puerta abierta sobre la calle oscura parecía una bóveda negra y profunda.

El trepidar de los vidrios anunció la llegada del doloroso convoy.

Dos autos entraron en el patio, otro quedó parado cerca de la puerta, detrás se divisaba la luz de un cuarto coche; sin duda, la larga fila se extendía por toda la calle.

Empezó entonces para ella una pesadilla que no podría nunca expresar.

Se abrían las portezuelas, y entre los hombres y ellas sacaban los heridos para llevarlos al gran salón, desde donde después del lavado, la cura urgente y la mudanza de ropas, se les pasaba a las salas. Vea pasar en las camillas unos con los párpados cerrados y la cabeza envuelta en trapos manchados de sangre...; otros con los ojos abiertos, espantados, llenos de agonía; otros delirando, presas de la fiebre; algunos que le parecían demasiado cortos atrajeron más su atención. ¡No tenían piernas! Al destapar a otros aparecían los muñones que quedaban de sus brazos.

Casi todos gemían, y los que callaban impresionaban más aún porque parecía que no tenían lengua para quejarse. Sólo uno de aquellos doscientos hombres entró por su pie; apoyándose en los brazos de dos enfermeras.

Ella no sabía cómo había podido ayudar a todo; cómo sus manos habían tocado todas las llagas y todas las miserias... sin asco..., sin repugnancia..., sin falso pudor. ¡Cómo debían haber sufrido aquellos hombres heridos, desde el campo de batalla hasta llegar allí! Algunos pedían que los matasen en el camino para no sufrir más.

Todo estuvo pronto hecho; los médicos se multiplicaban, la subdirectora acudía a todo. Al fin se los dejó en sus camas y las enfermeras corrían de un lado a otro solícitas con las medicinas o las tazas de caldo o de leche.

Algunos se daban cuenta por vez primera de lo que les sucedía.

—¿Dónde estamos?—preguntaban varios.

—¡Qué alegría!—murmuraban otros.

—¡En viendo las tocas blancas se acaba el peligro!—añadía uno.

Quizás aquellos más optimistas eran los más graves. La necesidad de algunos era tan urgente que los médicos se preparaban a operar. Ella tenía que ayudarlos. Sentía un espanto grande a la vista de aquel ejército siniestro de heridos, intermedio de vivos y muertos; vió los mozos que limpiaban el patio, las escaleras, la sala de operaciones. Había sangre en la tierra, en las cubetas donde se habían lavado, en los lechos. Sangre por todas partes. Oía el ambiente a desinfectantes que dificultaban el respirar y no podían ocultar el olor a llaga... a sangre fresca.

¿Y eran aquellos hombres destrozados, mutilados, moribundos, que gemían allí, todos aquellos jóvenes fuertes, sanos, que partieron cantando la Marsellesa, tan llenos de vida y entusiasmo?

La directora pasaba cerca de ella, haciendo su visita reglamentaria a los heridos, con aire de gran parada y expresión inconvencional.

Tuvo que volverse para que no viera sus lágrimas.

III

VIVIENDO EL DRAMA

Siguió la invasión, la inundación de heridos; y en cada sala se formó como una especie de familia numerosa, ligada por un afecto, que los separaba de los demás y les hacía algo egoístas.

Generalmente todos contaban sus historias. Una historia que, á fuerza de repetirse, con ligeras variaciones, resultaba siempre la misma; y ellas la escuchaban siempre demostrando el mismo interés. La marquesita ponía en todo el bálsamo de su sonrisa; Elena, su resignación silenciosa; Margarita los escuchaba siempre asustada; Renné y ella los consolaban con ternura maternal, mientras que Victoria, recta, despreciadora de todo, les hablaba del deber y la felicidad de sacrificarse por la patria. Elisa, en cambio, parecía hallar un placer en que lo olvidasen todo por su coquetería, y hacía predominar un malévol perfume de mujer, con sus ojos prometedores y sus labios sensuales.

Se mostraba siempre coqueta, absorbente, procurando atraer a los heridos, conquistarlos y sobresalir entre las demás. Era un poco la mujer de todos, y se gozaba en despertar el deseo de amor en aquellos cuerpos macerados. Era como un triunfo entre sus compañeras, el que todos, un poco egoístas, la llamaban siempre a ella.

Había heridos de todas clases; algunos zafios, mal educados, cuyos dolores se tornaban como un rencor hacia las que los cuidaban, y procuraban herirlas con palabrotas y groserías. Generalmente las dulzuras de ellas acababan por ganarlos, se avergonzaban y se educaban. Muchos sentían el encanto superior de la compostura y la gracia de sus enfermeras, se envanecían de ser curados por señoritas, y no faltaba el que suspiraba al pensar que una vez curado no volvería a estar al lado de mujeres como aquéllas. Sentía cierta pena al pensar en su zafia mujer.

Había heridos alegres, comunicativos, siempre con ganas de hablar. Unos, sufridos, silenciosos, buenos; otros, invariables para pedir y quejarse. A veces algún silencioso que nada decía, que no pedía nada y que callaba siempre. Aquellos que, sin estar bastante enfermos para no poder hablar, eran los que no hablaban, impresionaban más, porque se pensaba que tenían algo que les hacía callar.

Los ciegos no permanecían allí; se trasladaban a hospitales especiales; era a ellos a los que se mimaba más de todos, parecía que se hacían más buenos, con un alma más tolerante, más espiritual.

Pasaban los meses y todos se iban acostumbrando a aquella existencia, a aquel espectáculo de dolor: ya impresionaba todo menos. Se asustaba Solange

de sentir en sí misma aquella especie de indiferencia para los que sufrían; cómo recobraba en medio de ellos el equilibrio y el sueño. Las camas de su sala se ocupaban y se desocupaban sin cesar.

A uno que se curaba y pasaba a la sala de convalecientes, sucedía otro grave; a un joven bien educado, le sucedía un ex apache o un campesino cuyo dialecto no entendía. Unas veces eran heridos en las piernas, otras en los brazos, en la cabeza, en el pecho. Se hacían operaciones dolorosas, salvadoras para unos, mortales para otros. A veces, con las cortinas corridas, agonizaba y moría uno y la cama caliente del muerto venía a ocuparla un vivo, medio moribundo.

A la vista de aquellos dolores, su corazón latía de odio hacia los causantes de tanto mal. ¿Quiénes eran? No se atrevía a determinarlo, pero hubiera aniquilado una raza entera para salvar a otra. Hubiera curado el dolor con el dolor. Cuando hablaba de eso con Renné, la más íntima suya entre todas, le decía:

—Esta indiferencia para el dolor y este odio para los humanos, es lo que más me aterra de la guerra. No mata sólo cuerpos, nos transforma, nos mata el alma.

Renné, con aquella sonrisa comprensiva, de un alma mutilada ya por algún dolor muy cruel, respondía invariablemente:

—Hay que resignarse con lo inevitable. Nuestro reino no es de este mundo.

Si Solange, interesada por aquella mansedumbre casi religiosa, le preguntaba algo, ella eludía toda respuesta. No quería nunca hablar del pasado ni de lo porvenir. Era, como si sólo el momento actual le perteneciese.

Entre todas las sensaciones dolorosas que experimentaba en el hospital, había una que no podía sufrir Solange, y que la aterraba a todas: la vista de un loco. No la impresionaba tanto un ciego, un rostro deshecho, uno de aquellos troncos sin pies, sin manos y sin lengua... nada como el loco. La locura era más irreparable que la muerte. El loco no quedaba ni siquiera convertido en héroe, se perdían su valor y su heroísmo; no merecía ni la cruz de guerra, ni una de aquellas lápidas, expuestas al por mayor en los escaparates:

MUERTO POR LA PATRIA

La conmovía tanto la vista de un loco, que siempre recelaba del juicio de todos los heridos.

Se alarmaba con sus bromas, con sus accesos de fiebre, con cualquier capricho inocente. A veces, ella misma, tenía miedo de obsesión.

—¡Dios mío! ¿Si estaré yo loca?

Cuando pasaban visita los médicos, les hacía fijarse bien en los delirios de todos y siempre estaba deseando que volviesen.

La directora pasaba también su revista todos los días. Preguntaba a todos y para todos tenía una palabra de consuelo.

—¡Estoy muy malito hoy!

Suspiraba uno y ella respondía:

—Tenga paciencia, mañana estará mejor.

Aquel consuelo llegaba al enfermo; sentía una fe ciega, un alivio.

—Mañana estaré mejor, la señora lo ha dicho.

Cuando estaban ya fuera de peligro, se pasaban momentos agradables. Los enfermos, sentados en las camas, se entretenían en hacer bordados de cuentas y bordados de hilo, como malla o macramé. Algunos leían o rogaban a las enfermeras que les leyesen periódicos, novelas y revistas; otros escribían largas cartas o recuerdos que deseaban perpetuar. Llegaban visitas de amigos y de familia y ellas tenían ocasión de reír y bromear como sino estuviesen en aquel antro de dolor. Se habían acostumbrado a aquello de manera que ya no sentían molestia con el olor de los desinfectantes ni percibían aquel olor acre de la sangre fresca. Estaban ya habituadas a ver llagas y vendajes ensangrentados. Manejaban sin miedo alguno aquellas jeringuillas de inyecciones, que tantas veces habían salvado la vida a un enfermo.

Tenían sus noches de guardia y sus noches de descanso. Todas las tardes se reunían en su saloncito o paseaban por el jardín, solas o con los convalecientes que podían andar. En el salón grande y en el patio se celebraban fiestas y conciertos para distraer a los que no podían dejar sus lechos o sus butacones de ruedas. Iban familias, invitados; la alegría volvía a todos. Una alegría conmovedora para el que la contemplaba y veía en ella la traición del olvido momentáneo, de todos los que seguían aún bajo el peso de la fatalidad y habían de separarse de nuevo.

Muchas veces, contemplando los cuadros de miseria de las familias de los heridos, de las pobres mujeres que venían a verlos, ella decía:

—Sería muy justo que después de la paz se repartiera el terreno conquistado entre todos estos soldados, ¿verdad?

Casi todas callaban sin comprenderla y Elisa, que no despreciaba ocasión de burlarse de ella, le decía:

—Te debes hacer socialista y dedicarte a dar mítines. Para enfermera eres demasiado sentimental y filosófica. No sólo fastidias a los enfermos sino que te vas a enfermar tú del corazón.

Y como ella se quedaba desconcertada, con su semblante cándido de niña buena, rodeado de rizos rubios, como una figura de Botticelli, sin saber que decir, Margarita la miraba asustada y Clotilde prorrumpía en una risa que las ganaba a todas y acababa la discusión.

IV

LOS AMORES

—La verdad es, que constituye una suerte para los heridos el que no seamos monjas—decía Adela aquella tarde, mientras tomaba el té, entre un grupo de enfermeras y convalecientes—los pobrecillos nos amarían lo mismo y tendrían el trabajo de ocultarlo y el miedo de condenarse. ¿Verdad?

—El amor de ustedes—confesó un manco—es un lenitivo de nuestros sufrimientos. Lo embellece todo... lo hace olvidar todo... Desde el momento en que llegamos a las puertas de un hospital y aparecen los velos blancos, aparece el amor con ellos.

—Es que todos tenemos ya una novia en cada hospital—afirmó otro—. Hemos soñado muchas veces con una que es una y es todas. Yo estoy seguro que todo soldado que piensa en la posibilidad de su muerte, piensa al mismo tiempo en el amor de una enfermera.

—¿Y encontró usted su enfermera?—preguntó malévola Adela viendo enrojecer a Victoria, que lo había cuidado.

—No, señorita; pero estoy seguro de que la encontraré.

—¿Cómo tiene los cabellos?

—Muy rubios.

Ella se sintió contrariada al observar que el convaleciente miraba a Solange, y añadió:

—Y tiene cara de santa.

La figura de la directora en la puerta del salón puso fin a todas las conversaciones:

—Victoria, Solange, Clotilde—llamó ella—. Aquí tenemos tres de nuestros antiguos enfermos que de paso por París, vuelven a vernos y preguntan por sus enfermeras. Señal de que se les ha tratado bien.

Los tres recién llegados saludaban con efusión a sus amigas.

—¡Oh! señor Bernar—exclamó Solange—usted no se descuida... lo veo ya capitán.

—Sí, he ascendido... Ya sé que las balas no matan y que si lo hieren a uno tiene la felicidad de que lo cuiden ángeles como usted.

—Por Dios, capitán.

—¿No quiere usted ser mi compañera y seguirme cuidando, Solange?—añadió él con acento emocionado llevándola aparte.

—No... Pedro... yo le agradezco su afecto; pero yo no quiero dejar de consagrar mi corazón a todos los que sufren.

—¿Es que yo no sufro, Solange?

—Usted se curará sólo.

—La amaré toda mi vida.

—No, Pedro, usted me olvidará y será feliz.

—Pero... perdóneme usted, Solange... cuando yo estaba enfermo, grave... usted me dejó entrever... yo creí... usted me engañaba piadosa quizás... yo creí que me amaría.

—No lo engañaba a usted, Pedro. Amo a todos mis heridos.

—Pero yo le hablaba a usted de otro amor... y usted me trataba piadosa... como a un niño.

—No me guarde rencor. Piense que he tenido que dar a más de uno aquel consuelo que usted experimentó. ¿Cómo rechazar al enfermo grave, al moribundo? Tenemos que ser, en cierto modo, la novia de todos.

Clotilde interrumpió:

—Venga usted aquí, Pedro, quiero saber cómo ha ganado usted esos galones.

—No tiene importancia, señorita... Es más difícil ganar un corazón.

—También se ganan—exclamó contenta la ilustre viuda—. Pronto tenemos boda.

—¿Quién? ¿Quién?—preguntaron todas.

—Una enfermera de la sala núm. 3.

Se miraron unas a otras y casi todas se fijaron en Margarita que temblaba asustada de la atención de que era objeto. Otras se fijaban en Elisa.

—Renné—acabó la señora—. Es la segunda de nuestro hospital que se nos casa.

Renné, la impenetrable Renné. Solange se sentía ofendida por la falta de confianza de su amiga y molesta por la negativa que acababa de darle a su enfermo. El capitán era guapo, distinguido, pertenecía a una gran familia; pero ella no podía amarlo. Creía que no podría amar jamás a un hombre que conociese como herido; los veía débiles, llenos de su miseria física, faltos de protección. Los miraba de un modo maternal que excluía toda la ilusión. No podía amarlos, y llegado el momento decisivo se debía a la verdad. Pero aquella verdad le era dolorosa, era causar una mala impresión, quizás una pena a aquellos seres que, cercados y amenazados por la muerte, merecen todas las piedad y todos los respetos. Quizás con la ilusión que les robaba les arrebatara un amuleto defensor. Ella los amaba tanto a todos, que hubiera querido dar su corazón a todos, sin entregárselo a ninguno.

—¿Y Renné? ¿Y Renné?—preguntaban algunos.

—Conversa con su prometido... Una historia romántica... Un hombre que la abandonó para casarse con otra y vuelve viudo y sin piernas... La pobre sale de aquí para seguir siendo enfermera. Es una criatura que dejará aquí memoria inmejorable de abnegación y seriedad. Nada coqueta.

Las últimas palabras las habían subrayado sus ojos mirando a Elisa, que había logrado tener a su alrededor a los tres visitantes y otros dos o tres soldados.

Es que los sentimientos que animaban el hospital en los primeros días habían cambiado. La duración de la guerra había dado tiempo a pensar en otras cosas, a que volvieran al corazón de ellas los antiguos sentimientos, y los heridos también venían ya distintos de aquellos pobres muchachos que cayeron en el primer combate; no venían tan asustados, tan abrumados, tan atónitos como al principio; tomaban ya aquel estado de cosas como si fuese la normalidad, ansiosos de amor y de vida.

Surgieron los pretendientes y los amores. Eran pocas enfermeras para no-

vias de tantos heridos como se las disputaban. Sólo la piedad de ellas suplía el número engañándolos un poco, como un consuelo que se les debía; a veces, se despertaba un amor serio; pero en la mayoría de los casos, aquellas ilusiones acababan con la misma rapidez con que se engendraban. Tenían algo de esos amores de los trenes que viven en tan pocas horas toda una existencia intensísima y mueren al llegar a la estación, de un modo tan completo, tan absoluto. Para no recordarlos jamás.

EL ENGAÑO

Aquellos heridos venían en un estado más lamentable que todos los demás. No habían sido heridos en batalla, sino en pleno reposo, cuando descansaban en las posiciones que recientemente habían reconquistado al enemigo. Las minas dejadas arteralmente, gozando en una venganza que no habían de ver, explotaron, dejando sepultados gran número de soldados. Los pocos que, después de largos trabajos habían podido salvarse, iban en una situación lastimosa, llenos de heridas, lacerados, desangrados, débiles, casi moribundos.

Solange no se había conmovido nunca en su vida tanto como a la vista de aquel pobre herido que, al descubrirla, tendió las manos hacia ella, implorándola, eligiéndola entre todas para colocarse bajo su protección. Por un momento pensó que lo conocería; la guerra tenía aquella crueldad de enviarles una y otra vez el mismo herido. No bastaba derramar una vez la sangre; si quedaban útiles se los llevaban de nuevo. No lo conocía. La había elegido por una extraña predilección, y lo veía mirándola con una mirada llena de dulzura y de fijeza.

—Quizás le recuerdo alguna persona amada—pensó—; y ella también se interesó por el herido.

Hábilmente dispuso todo para que lo llevasen a su sala, a la cama que acababa de dejar aquella mañana un convaleciente. El herido se lo agradeció con su mirada fija y dulce. Sin hablar, habían sostenido un diálogo. A Solange le había conmovido aquella manera tan decidida de ponerse bajo su guardia desde la primera mirada.

En la cama de al lado había un árabe, en cuyo rostro moreno se destacaba la blancura de los dientes y de los ojos, de un modo siniestro.

Miró con odio el lecho ocupado.

—Yo quiero que tú cuides sólo de mí.

—Es preciso cuidar a todos como hermanos.

—Yo no tengo hermanos. Soy jefe de tribu. Tú vendrás conmigo a África.

—Sí... sí... ponte bueno.

—¿Vendrás?

—Si, sí...

El se serenó y se quedó dormido con la cabeza vuelta hacia donde ella estaba.

Pasaron días; el recién llegado no hablaba apenas; sus ojos grandes y dulces lo decían todo. El árabe seguía mejorando rápidamente y la seguía siempre con la mirada blanca y la sonrisa de luz, que la asustaban un poco.

El tercer día, al ir a darle el caldo de cereales, el herido preguntó con voz débil:

—¿Cómo se llama usted?

—Solange.

—¡Sólo Angé!

Sonrió y se quedó en reposo, con una expresión de felicidad en el rostro. El árabe estaba sentado en su cama, ensartando cuentas de cristal de colores.

—No quiero que hables con ese—dijo.

Ella guardó silencio y veló toda la noche.

Al día siguiente interrogó al médico:

—Juan Mortier—dijo—está muy grave. Es preciso hacerle una operación que no puede intentarse por su estado de debilidad... Hay noventa y nueve probabilidades contra una de que salga mal.

—¿Por qué hacérsela entonces?

—Por que de no hacérsela, la muerte es segura.

Aquella sentencia interesó más a Solange por Juan. Lo curaba cariñosa, soñolienta, sobre todo desde que el árabe había pasado a la sala de convalecientes, donde le proponía a otra enfermera que se fuera con él a África.

Veía con esperanza que Juan mejoraba, y, apesar de la opinión del médico, cada día parecía más fuerte. Hablaba con los enfermos de las otras camas, con las enfermeras; sólo con ella guardaba siempre su silencio contemplativo.

Al fin, un día le cogió la mano y le dijo:

—Yo a usted le conozco desde hace mucho tiempo.

—¿De dónde?

—No sé...; pero la conozco... Créame usted... No se miente frente a la muerte...; la he visto a usted muchas veces... en las trincheras... antes de ser herido... Yo pensaba en usted y la conocí en cuanto la ví... Tal vez me han herido para eso..., para que llegara hasta usted.

El miedo que ella tenía al delirio y la locura la sobrecogió.

—Cálmese usted..., duerma..., trate de reposar.

—No... no... Déjeme usted que le diga todo esto..., que no parezca que aprovecho una ocasión cualquiera... ¿Quién sabe lo que vivirá? Al menos que sepa usted cuánto la he amado.

—¿Quiere que le ponga el termómetro?

—¿Cree usted que hablo por la excitación de la fiebre?

—No...; pero...

—Acérquese usted, Solange, deme la mano, mireme bien. ¿Cree usted que miento?

—No.

—La he amado a usted toda la vida. ¿Me amará usted un poco? Dígamelo para desear la vida o la muerte.

Ella contestó lo que no sentía... lo que les decía a los otros:

—No hablemos ahora de esto... ¡Quién sabe! Procure cuidarse. Vivir... Hablaremos de esto en la paz... Cuando no me necesiten mis enfermos.

El insistió:

—Es usted libre..., ¿verdad?

—Sí.

—¿No tiene otro amor?

—No.

—¿Podré esperar, Solange?

—¿Qué duda cabe!

—No me conteste usted con evasivas piadosas. ¿Usted no sabe quién soy yo?

—Juan Mortier.

—¿Pero no sabe usted quién es Juan Mortier?

—¿Para qué?

—¿Tan poco le interesa?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Para amar no pregunto nada.

—¿Ni si soy libre?

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo?

—Si no lo fuese usted no me hablaría así.

—¿Qué feliz me hace oír!

—En sus ojos hay una honradez que no miente.

—Pues bien, Solange: yo puedo ofrecerle a usted un porvenir... Dígame que si vivo será mi esposa.

Ella estaba conmovida, sugestionada.

—Sí.

Desde aquel día empezó un noviazgo doloroso. El la esperaba despierto las noches que no le tocaba de guardia, ansioso de verla aparecer. Le tomaba la mano..., le hablaba de su amor..., de sus esperanzas, de una vida futura llena de felicidad. Le describía su casa solariega de Bretaña, donde lo esperaba una madre anciana.

—Yo quedaré inútil para volver al frente—decía—; pero mis heridas no me desfigurarán para convertirme en un objeto de horror ni ser un enfermo, ¿verdad?

Ella le aseguraba su cariño, y le seguía en sus sueños y sus proyectos.

—¿Cómo te querrá mi madre!—decía él.

—Yo la amaré mucho también.

—¿Y la tuya?

—La invitaremos a venir con nosotros.

Poco a poco se interesaba. Se acostumbraba a la idea de aquella vida, la piedra hacia su novio se convertía en una ternura que no llegaba al amor, pero que le hacía sentir toda su dulzura.

Creía firmemente que el peligro había pasado. Las heridas se cerraban, volvía el color, el brillo a los ojos; ya se sentaba en la cama para escribirle largas cartas a su madre. Cartas en las que, ocultándole su herida, le hablaba de su vuelta, de su amor, de su matrimonio.

Ella le leía poesías que él escuchaba como una música, lleno de beatitud.

—He tenido que pasar por la muerte para encontrarte.

Y aquel día, de pronto, en el momento de más placidez, había sobrevenido el ataque, el delirio, la convulsión. Los médicos no se habían sorprendido. La ciencia tenía algo de matemática, y desdichadamente esta vez no se equivocaba en el fallo.

—Lo que teníamos.

Se reunieron en consulta.

—Es precisa la operación.

Juan demostró gran valor, y lo único que suplicó fué que no asistiese a la operación Solange.

—Yo quiero estar a tu lado—sollozó ella.

—Sufrirías demasiado y aumentarías mi sufrimiento.

Los médicos trataron de animarlos:

—No hay un peligro..., puede asistir...

—No..., nos veremos..., luego...

Mientras lo disponían todo, él le tomó la mano.

—Solange... ¿Un beso? El primero...

—Sí.

Sus labios se unieron en un beso hambriento de parte de él, un beso en que deseaba transmitir su vida. Ella lo besó tímida, casta, conmovida.

—Amame siempre...

No podía aciarar el pensamiento.

Lo vio entrar en la sala de operaciones..., pasó el tiempo... salió Elena..

—Solange.

—¿Qué?

—Ven...

—¿Dónde?

—La subdirectora llama.

—¿Qué quiere?

—Está en tu cuarto.

—¿En mi cuarto?

—Sí.

—¿Y Juan?... ¿Lo has visto?

—Ven.

Habían llegado a su habitación.

—¿Pero quién me llama?

—Nadie... Quédate aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Hay que tener resignación.

—¿Juan?

—No ha podido resistir la operación.

—¡Alma buena! ¡Madre infeliz!

Sentía el dolor de los otros más que el dolor suyo, pero al mismo tiempo se le desgarraba el pecho en un amor que no había sentido por Juan mientras vivió. Era como si todos los proyectos incumplidos se agudizasen en el deseo con lo imposible. Se dejó caer llorando sobre el lecho y se quedó desvanecida.

VIUDEZ

Desde aquel día, Solange se sentía viuda, viuda de aquel amor que la había obligado con su ternura, viuda de aquel hombre al que había empezado a amar. Su papel de viuda se delineaba más aún por las cartas de la viejecita que le daba dolorosamente el nombre de hija. Sin duda la creía enamorada, herida como ella en lo más profundo del corazón.

—«Ven a mi lado, serás mi hija, lo lloraremos juntas.»

Ella se avergonzaba de que su amor y su dolor no fuesen bastante grandes para responder a aquel culto. Pasada la impresión de los primeros días, veía bien que sólo una gran piedad y una gran simpatía la había unido a Juan. Esa atracción poderosa de los amores grandes y sinceros que arrastran hasta el sacrificio.

Sin embargo, sufría. Aquella sala evocaba demasiado el recuerdo triste; la misma cama, ocupada por otros enfermos, le recordaba la figura del pobre Juan. Sin poder evitarlo, tenía rencor a los que iban a sucederle y los cuidaba con una especie de ostilidad, con algo de sequedad y dureza, con aquella dureza y sequedad que ponía siempre Victoria en sus cuidados.

—¡Quizás ella es más sabia que las demás—pensaba—y se acoraza contra la traición de una pasión y de un dolor posibles.

Conocía que nada inclina tanto a las mujeres como la compasión y nada arrastra tanto al hombre como su debilidad, cuando se siente protegido.

Más de una vez estuvo para cambiar de sala. Renné ya se había casado, no tenía una amiga verdadera, y la molestaban, extraordinariamente, las risas de la marquesita, las tristezas de Elena y las burlas de Elisa. Sin embargo, no se decidía a hacerlo, como si eso fuese una cobardía, una deserción a su destino.

Su salud se había alterado notablemente. Los médicos le habían dicho:

—Es preciso mayor descanso y paseos al aire libre.

Las compañeras se habían repartido sus guardias y la directora la obligaba a dar largos paseos por el jardín.

Su madre, alarmada, acudía todos los domingos, con su marido, y ambos la llevaban de paseo procurando distraerla.

Parecía que ahora madre e hija se comprendían mejor. Aquel asomo de amor, la había hecho más comprensiva para el amor que profesaba su madre a su padrastro y que antes casi la había ofendido.

Pero aquellos paseos por París, en vez de aliviarla, la entristecían, encorbaban más su herida. La había ganado de tal modo el hospital, la tragedia, el horror de la guerra, que ella lo buscaba en todo. Los soldados que veía en la

cañe, eran heridos, heridos posibles, heridos seguros, sentenciados, y cuanta mayor alegría contemplaba en la muchedumbre, mayor grado de tristeza concebía. Era una obsesión de duelo que borraba todo lo sereno, todo lo cotidiano y borraba todo lo pintoresco.

Ella no podía vivir ya en la calle, en la vida civil de siempre, sino en la paz. No podía contemplar con tranquilidad la mentira de la felicidad de aquellas gentes bajo la amenaza que pesaba sobre ellas. Hubiera querido advertirles, gritarles, salvarlos sin saber cómo. La entristecían aquellas mujeres sonrientes, del brazo de un soldado; aquellos hombres ciegos o mutilados, que pasaban sin ver el gesto de fastidio o de resignación de sus compañeras. En todo veía la cantidad, el número, lo que los otros no ven.

Aquella gente que trataba de engañarse de divertirse, aquel mundo en contraposición con el dolor del hospital y de la guerra, le parecía un mundo de gentes que valían menos que sus heridos. Quizás se necesitaban aquellos heridos para ennoblecer a la humanidad. Quizás aquella guerra era una necesidad, una nueva redención con sangre.

Las dos o tres veces que había salido, se afirmó, cada vez más, en su idea, en su impresión. Por eso aquel día volvía convencida de que ella no podía salir del hospital mientras durase la guerra; estaba fatalmente unida a él. Había entrado de aquel modo inconsciente y ya la había ganado. El logro de la paz de su corazón estaba allí, sólo allí. Volvía al hospital con una fe nueva hasta para su mismo corazón. Había necesitado salir de él, alejarse, para ver claro en la perspectiva y venir convencida de aquel sentimiento contra el cual no podía luchar.

De ser una orden religiosa la de las enfermeras, hubiera profesado en ella. Necesitaba verse envuelta en aquella blancura pura y austera de la Cruz Roja para sentirse satisfecha.

Cuando la puerta se abrió, cuando se despidió de su familia, atravesó el patio y volvió a respirar aquel ambiente pesante de fumigaciones y desinfectantes; comprendió, con pena, que ella sentía la vida de otro modo, que todo aquello engendraba en su corazón una ansiedad, quizás algo falsa por estar fuera de las leyes de la naturaleza, de una austeridad egoísta, pero firme. Su conciencia de la parte que debía expiar en el pecado de los otros, la apartaba de los goces y la incitaba a la penitencia: le hacía mutilar cruelmente su propia vida.

REBACIMIENTO

Estaba muy alerta ya para no dejar penetrar en su corazón a ningún enfermo. Tomaban para ella algo de piratas callejeros, por cómo sorprendían igual que ellos, el corazón de las mujeres, valiéndose de la compasión y haciendo arma de su miseria.

Se sucedían todos los días los heridos; aquel flujo y reflujo del hospital. Todos los días, mutilados, a los que había que operar; ciegos y dementes, a los que era preciso llevar a los hospitales especiales. Sobre aquellas tristezas y miserias las alegrías de la vida que se imponía, tiránica, más egoísta cuanto más era preciso defenderla. Convalecientes y enfermeras reían, tomaban el té, paseaban por el jardín y entretenían su tiempo con pequeñas historias de amores y de celos. A veces un enfermo, enamorado y absorbente, que se quejaba de los cuidados que su enfermera prodigaba a los otros, o bien alguna enfermera que tenía celos de las demás. Se suscitaban rivalidades, disputas, preferencias, todo un mundo lleno de pasiones pequeñas, humanas, alejadas de lo que debía ser el hospital.

Cada semana se organizaban nuevos conciertos, juegos, fiestas y hasta una inhumana carrera entre mutilados, que les habían hecho reír mucho.

El gran nombre de la directora atraía la gente mundana y aristócrata que acudía al hospital de visita y lo sostenía con donativos espléndidos. Las autoridades, por su parte, lo visitaban frecuentemente, con la condesa de Harmanville, que había recibido muchas cruces y cintas por su donación. Varias enfermeras y soldados habían recibido honores y medallas por su abnegación o su heroísmo, y aquellos días el hospital había resplandecido de luces, de animación, de fiestas, como si hubiese una tregua en los dolores y las agonías de los moribundos.

Renné se había casado ya; la bella semita tenía su novio; Elisa dejaba de coquetear con todos para pensar en un soldado, y hasta Victoria era menos severa con un convaleciente aristocrático.

Solange miraba con cierta lástima los amores de las demás. Vefa ya con miedo siempre el amor; callaba con ganas de gritar: «No os confiéis, la muerte acecha», porque le parecía que la muerte, más celosa de las felices, las buscaba con preferencia para herirlas.

Por eso aquella tarde era una cosa rara verla en el jardín acompañando a un convaleciente, casi un niño, barbilampiño, de aspecto delicado, algo femenino en su mocedad.

Es que aquel enfermo, desde el momento que quedó bajo su guarda en la cama del hospital, no le había parecido un hombre. Tenía la tez suave, las formas redondas, la especie de asexualidad de una juventud casi infantil. La voz no había perdido ese timbre sonoro, mimoso, algo atiplado de los niños, y los

ojos claros, grandes, ingenuos, tenían esa especie de interrogación y de curiosidad que tienen los niños ante la vida.

Ella encontró lo niño que era, y sintió desde el primer momento el impulso de una gran ternura materna. Cuando lo oía quejarse lleno de mimo, en vez de preguntarle, «¿qué quiere usted?», hubiera querido decirle, «¿qué deseas, hijo mío?»

Lo amaba por su infantilidad, por su inocencia, por lo niño que era, y, precisamente, por eso se entregaba sin recelo a su cariño. Le había oído murmurar en su delirio el nombre de su madre. Un instinto maternal gemía en ella: ¡Cómo querría la madre a un hijo así! Ella pensaba en cómo sería su dolor si fuese madre, y lo arrebataran de sus brazos.

Así ella se dedicó por completo a Román. Los médicos le decían que estaba grave, y, desdichadamente, ya sabía ella lo que era el fallo de los médicos, que pocas veces se equivocaban.

Román tenía una herida en el muslo y otra en el pecho, graves las dos, que le producían una fiebre alta y uno de esos delirios, semejantes a la locura, que tanto la asustaban. Seguía ansiosa su delirio, delirio de niño siempre, poblado de cosas ingenuas y buenas. En su apasionamiento por el enfermo, que ni siquiera la conocía aún, renunciaba a sus noches de descanso para permanecer cerca de su cabecera. Los días peores no dejaba el pulso de su mano, atenta al menor síntoma, y en dos ocasiones previno el colapso tan rápidamente con la inyección de esparteína, que los médicos tuvieron que confesarle:

—Bien puede decir que a usted le debe la vida. Un minuto más y no habría remedio.

Ella lloró de contento, y aquella vida que había dado fué como un lazo más estrecho aún.

Empezó a ceder la fiebre, el enfermo mejoraba. La herida del pecho cicatrizaba sin dejar lesión ninguna; no así la del muslo, que cada día inquietaba más a los doctores. El joven volvía a la vida, pero estaba debilísimo, agotado por la pérdida de sangre y por la fiebre, no podía ni siquiera hablar más que con monosílabos, pero ya la conocía; sabía cuánto le debía porque sus ojos se volvían sin cesar hacia ella con su mirada pura, ingenua, de niño bueno y mimoso. Aquella mirada le daba frío, temblor en el alma, un temblor de pasión. Esperaba sus primeras palabras presa de emoción. Unas veces le parecía que la iba a llamar como un hijo, como si le dijese *mamá*; otras veces creía que la iba a llamar como un amante, y experimentaba deseos de oír cómo pronunciaba él su nombre: *Solange*. Debía adquirir mayor belleza cuando lo pronunciase Román.

Un día los médicos le advirtieron: la herida estaba enconada, iba peor, había unas manchitas atarmanes, sin una operación urgente la gangrena podía presentarse y sería imposible salvar la vida al enfermo. Los oía anonadada.

—¡La gangrena! ¿Pero entonces?

—Es preciso serrarle el muslo.

Sintió una inmensa angustia.

—Por caridad... Esperemos aún.

—La dilación puede costarle la vida.

—Sólo un día más...

El médico cedió.

Solange tuvo miedo de aquella responsabilidad que aceptaba... pero le parecía tan criminal la mutilación del joven, que inconscientemente hasta prefería la muerte.

El había oído hablar de operación y cuando se acercó lo vio llorando.

—No, Solange, no... que no me corten la pierna... prefiero morir.

Ella lloró también con él. Lloraban los dos por su belleza. Era su belleza la

que se iba a mutilar y era como si con ella se mutilase el amor, todos los amores posibles. Las esperanzas de novio, en aquel niño que no había aun amado nunca.

Solange no se acostó. Pasó toda la noche, lavando la herida de cuarto en cuarto de hora... Unas veces con cauterio, otras con calmante. En la visita de la mañana los médicos se sorprendieron del alivio.

—Cuando se trata del núm. 33 la señorita Solange hace milagros—dijeron.

—¿Entonces?

—Esperaremos hasta mañana.

Siguió incansable todo el día y toda la noche su obra de curación. En vano las otras le aconsejaron y la subdirectora le ordenó que descansase, que iba a caer enferma. Siguió firme en su puesto obstinada en vencer al mal... Román estaba mejor. A los dos días el peligro de la gangrena había cedido; ocho más tarde entraba en franca curación. Los médicos lo contaban admirados a todos. Era una cura debida a la devoción de una enfermera. Ella le había salvado la vida y había evitado su mutilación. Bien podía decir que se lo debía todo a Solange.

—Más que la vida, más que la vida—sollozaba el joven llevando con veneración la mano protectora a sus labios, y ella la retiraba ruburosa, encendida y llena de satisfacción; confusa por aquel elogio de los doctores y aquellos testimonios de agradecimiento.

A ella también le parecía más importante haberlo salvado de la mutilación que de la muerte.

VIII

SEPARACIÓN

La mejoría empezaba despacio. Era como si la fuerza que ganaba un día la perdiese otro. Solange que observaba los menores detalles, los comunicaba al doctor que la tranquilizaba.

—No se alarme... esto es lento. El pobre muchacho ha sufrido mucho... es un milagro el que se haya salvado.

Empezaba a sentarse ratitos en la cama. Hablaba con ella, hablaba de su madre... de su país... de sus amigos... de sus juegos... de la guerra. No sabía qué decir de la guerra... no había visto de ella más que la oscuridad de la trinchera y la metralla que lo había herido, sin lucha... sin defensa. No se mezclaban en sus recuerdos nombres de mujer.

Después empezaron sus paseos por el jardín, cada día traía un progreso de su enfermedad, la convalecencia avanzaba rápidamente, tan rápidamente que ella se asustaba y hubiera querido detenerla. Con la salud Román no era ya el niño, tenía una energía viril, era el hombre, hombre joven; pero hombre y ella conocía que era como hombre como lo amaba. Esta vez no era por piedad, no era por bondad, lo amaba con todo su ser, con toda su pasión. Había una trai-

ción de la naturaleza que le había hecho entregar su corazón al niño, sin recelo, y luego éste, convertido en hombre, lo guardaba.

El, por su parte, había tenido también allí su primera revelación de amor. Los dos se aterraban de aquella salud que volvía tan lozana y que los iba a separar. ¿Cómo prolongar la convalecencia? El ya no estaba pálido ni cojeaba. Aquel día había tirado su muleta. Era el primer día que se paseaba sin más apoyo que el brazo de ella; hacían una hermosa pareja que miraban con envidia los demás. Sin embargo, los dos estaban tristes. El dejar la muleta les hacía entristecerse en lugar de sonreír. La muleta lo unía más al jardín del hospital.

Sin embargo, ella, en las observaciones que hacía a los doctores, hallaba siempre el modo de exagerar algo el malestar de Román. Tosía, la temperatura no era normal, no estaba bien del todo. Este subterfugio que empleaban a veces las enfermeras, hallaba cómplices en los médicos. A unas y otros los movía el mismo deseo de prolongar unos días la convalecencia de los que más habían sufrido.

Solange vivía ahora aquel idilio que le había dado pena contemplar en los otros, y ella no pensaba tampoco en cómo la guerra acechaba su presa. Cada día, cada minuto tenía valor de eternidad. Le hacía olvidarse a veces de su condición de enfermera para ser sólo la novia, para estar al lado de él, que tenía celos de que prodigase sus cuidados a otros enfermos. Fué preciso que la subdirectora le llamase la atención.

—Señorita Solange: que hay que atender a los heridos más que a los convalecientes.

Sin embargo, cada momento que podía hurtar era para él. Ella sabía el valor de los momentos, como la devoción de la enfermera puede salvar la vida a un enfermo grave, y, sin embargo, escapaba siempre que le era posible para acudir al lado de Román.

No se habían declarado su amor de un modo deliberado, con valor de confesión, pero se habían dicho que se amaban una y mil veces. No se habían prometido nada y tenían prometida la vida toda en los continuos proyectos que forjaban para lo porvenir, siempre juntos. No habían tenido intención de cambiar un beso, y sus labios se habían juntado espontáneos en un estallido de pasión. Todos los días, al atardecer, ambos iban a sentarse sobre el alféitar de aquella ventana, abierta sobre el jardín, que desde allí daba impresión de profundidad como un gran bosque. Allí, sentados, con las manos juntas, fluían de sus corazones ternuras, besos, alegrías que los envolvían, una magia poderosa del presente que borraba toda idea, menos la del momento aquel. No se les ocurría pensar que pudiera interrumpirse.

El bendecía su herida y ella sus dolores en el hospital; el recuerdo de Juan se había borrado, confundido, con el de tantos pobres heridos, desdichados y buenos, como habían pasado por allí. Los amores por piedad, por compasión, no eran como aquel amor avasallador, potente, que lo borraba todo y todo lo embellecía.

Pero la guerra, fiera monstruosa, voraz, insaciable, siempre con las fauces abiertas, se lo tragaba todo. Se necesitaban hombres..., hombres..., más hombres; la victoria había de alzarse sobre un montón de cadáveres.

Así, una tarde que vio llegar al hospital la visita oficial de los jefes militares, Solange se asustó. No le gustaba nunca ver aquellos hombres que no iban allí a curar y a los que hacía como solidarios del mal de la guerra. Iban a buscar hombres, a saber los que, después de curados, quedaban útiles y disponibles. Era preciso que lo hicieran así, porque los médicos procuraban obstaculi-

zar el apremio de los jefes militares. Muchos médicos ocultaban sus lágrimas al ver llevarse, para volver a las filas, algunos de aquellos soldados tan milagrosamente curados, y las enfermeras sentían desgarramientos de madres. Era como si les echasen a perder su mejor obra y su deseo era declararlos inútiles, *reformés*, que no tuvieran que volver al combate. Debía haber una ley por la que el herido no entrase otra vez en batalla; pero se les obligaba a jugar con la muerte. Algunos habían estado en el hospital cuatro y cinco veces, luchando de un modo pavoroso, y tenían que volver a ir cuando sin duda existían tantos *ennichados*—como se llamaba también a los *emboscados*—que se libraban del peligro.

Se reunieron en el gran salón y aquellos jefes impusieron cruces; cruces preparatorias de nuevas exigencias, y que eran como la recompensa suprema de los sacrificios. Hubo una cruz para Román, que ella miró con tristeza. A punto estuvo de dar un grito al oír también el nombre de Román entre los que habían de partir; el nombre de Román, pronunciado de aquel modo duro, seco, imperioso, al que iba unida una orden de marcha tan apremiante, que no daba tiempo de nada, era como una sentencia leída en un momento; pero de largo o interminable efecto. Aquel dolor que ella había previsto y llorado en las otras, caía sobre su corazón. Había que disimular, no se perdonaban las lágrimas que eran como una flaqueza, una defección a la patria. El le dirigió la primera mirada con una sonrisa de ánimo que formaba contraste con su rostro pálido y espantado.

Era preciso prepararse a partir inmediatamente. En el primer momento de libertad, se buscaron y no se dijeron nada. Luego, él habló unas palabras de ánimo dichas sin fe. Ella no supo hablar, quería sacudir el enervamiento de una larga pesadilla que la agobiaba.

Fueron a ocultarse bajo el marco florido de su ventana y allí se estrecharon con apasionamiento, entre besos sin palabras. Tal vez no podían aún concebir el dolor al verse juntos, lo presentían más bien.

La voz inexorable llamó a Román y él tuvo que escapar de sus brazos, dejándola desfallecida, casi muerta, y llevando en los labios el beso quemante de deseo que no le había podido dar.

IX

EL DOLOR DE HABER CURADO

Vivía sin vida, fuera de sí, triste y pálida, realizando todos los actos sin la ardiente caridad ni el entusiasmo con que los animaba antes, de un modo casi inconsciente, con todo su sér abortado en una idea fija.

Venían nuevos heridos, moribundos, deshechos, y ella había de seguir en aquella guerra contra la guerra, para arrebatarte víctimas. Los cuidaba con el pensamiento fijo en Román, refiriendo a él todas las historias, todas las quejas, todos los lamentos de los otros.

Pero todas las noches, al oscurecer, escapaba a todo, a sí misma, para

acudir a su cita. Llegaba a la ventana, donde parecía esperarla su recuerdo, y se sentaba en la esquina, frente a aquella otra en la que se sentaba él. Desde allí era todo igual, el paisaje y el jardín, que los dos miraron unidos tantas veces, sin verse ellos mientras. Así, en algunos instantes, mirando al fondo de la ventana aquella, le parecía tenerlo junto así y tendía hacia él las manos en la sombra.

El espanto mayor era la llegada de los nuevos heridos. Lo buscaba siempre entre ellos con terror de hallarlo, y, sin embargo, al no verlo sufría una decepción. El no estar allí no suponía que estaba en salvo... quizás muerto... quizás en lucha... A veces se lo figuraba en otro lecho de otro hospital lejano, y aquello le parecía como una infidelidad y le hacía sentir unos celos agudos de la enfermera que lo asistía.

No pensaba ella que se podía ver a su Román sin amarlo; lo creía tan criatura de amor, que fuera de él no concebía la vida. Sin poderlo evitar, tenía un tono seco, hostil, para todos los heridos, aquella acritud que tenía otras veces Victoria. Le molestaba todo y no podía sufrir una galantería ni una palabra amorosa. Pensaba que debían tener algún compromiso, algún amor, alguna mujer que lloraba por ellos y su infidelidad le parecía monstruosa, la infidelidad de todos a todas: la infidelidad de su Román.

Sin embargo, Solange no recelaba una traición de su amado, temía a la muerte sólo. Su rival era la muerte.

Temiendo que muriese él, no veía como ella se iba desmejorando, acabando, consumiéndose en su tormento.

Había sonrisas que ponían las cartas, retrasadas, de las trincheras en su soledad. Pero el momento de alegría de las cartas era breve. Miraba en seguida la fecha. Venían retrasadas siete u ocho días ¿Vivía aún el que la había escrito? Aquella impresión de presente que daba el leer sus palabras se desvanecía ante la fecha.

Se sucedían luego los días tristes, los días de ansiedad, los días sin carta, tan largos, tan pesantes, tan angustiosos, en los que para buscar consuelo tenía que refugiarse en el dolor de los otros, lavar heridas, asistir a operaciones, para que los ayes de todos no le dejaran oír el lamento de su corazón, el más herido, el más incurable.

Llegó también para ella su condecoración. Uno de aquellos actos de exaltación en que reunidas todas en el gran salón, con la presidencia de su gran directora y de las autoridades, ante la concurrencia aristocrática, un general o un ministro, hablaba de los actos heroicos, del valor de los soldados, de la abnegación sublime de las enfermeras que daban su vida en la difícil misión que se imponían. En todos aquellos discursos se hacía resaltar, como fin principal de la vida, la deuda contraída con la tierra al nacer: La Patria.

Esta vez había condecoraciones para varias enfermeras de las otras salas, una para Margarita y otra para ella. En el breve discurso del general que la colocó en su pecho, entre los aplausos de todos, se habló de la devoción con que salvó la vida a Román. Ella estuvo por gritar y arrancarse aquella cinta del pecho. Le hacía un efecto triste, le recordaba lo que hubiera querido olvidar. En el fondo de su corazón había una razón suprema de rebeldía contra todo aquello. Nada merecía todo el dolor que se encerraba en las almas de las mujeres, en el alma de los soldados. No había nada que lo pudiera justificar por pomposo que fuera su nombre.

Aquella noche corrió a la ventana, a la cita, donde él la esperaba. Le daba miedo de hallarlo tan materialmente allí. Miedo de que estuviese allí, porque hubiese desencarnado para estar con ella. El conocer el sitio donde se mueve el

que se ama, lleva más hacia él. No podía ella dejar escapar su espíritu para ir a buscarlo, porque erraría perdido sin saber dónde irse a posar. El sí, el ya conocía su lugar de reposo; él, cada vez que volviera su pensamiento hacia ella, la vería en el encuadramiento de aquel marco florido, frente al jardín.

Ella llegó apresurada, con ansia de verse junto a él; y se quitó del pecho la cinta para estar como siempre, frente a su imagen, para estar como más limpia de responsabilidad, de la responsabilidad de acrecentar y elevar la mentira de honor de la guerra.

Se daba cuenta de la responsabilidad en que había incurrido curando a su amante para devolvérselo a la patria. ¿Para qué lo había salvado? Debía dejar que le cortaran la pierna, encontrar más su herida, agravar su peligro. Así lo tendría allí, cerca de ella. ¿Qué importaba su belleza?, mutilado sentiría sus labios, sus manos, su calor.

Sin su empeño en evitar la amputación, ambos podrían ya haber escapado a su destino, y creer cumplida su obligación con la patria para ser felices.

Ahora le parecía que había sacrificado su felicidad por aquellos prejuicios, no veía ya todo el amor y el desinterés que hubo en salvarlo, le parecía haber obedecido a un egoísmo. Creía que ella era la responsable de su desdicha.

El sentido de la vida, el amor a la patria, el concepto de la humanidad, todo cambiaba en el hospital frente al dolor y la muerte, y, sin embargo, sus prejuicios estaban tan arraigados que se horrorizaba de su propio corazón, capaz de albergar aquellos sentimientos nuevos. A pesar suyo se preguntaba desorientada, vencida, en qué consistía el deber y si ella debía haberlo salvado de la amputación. Si debía haberlo conservado para ella en vez de devolvérselo a la Patria, si debió agravar su herida en vez de curarla.

Villemomble-Paris-1917.

Carmen de Vargas
Colombine

Prohibida la reproducción del texto.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.



Nicolás María Rivero, núm. 11.- MADRID

Fabrica de Corbatas

Camisas, guantes, pañue-
los, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía
Precio fijo

CAPELLANES. 12 - MADRID - CASA FUNDADA EN 1870.



¡SU SALUD PELIGRA!
¡TERRIBLES MICROBIOS LE AQUECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contami-
nada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por
costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente
turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido
"ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta en Fábrica "ARSO"
CARDENAL GISNEROS, 28. - MADRID
BUJIAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

Atención Si los vasos capilares no funcionan bien, el cabello se seca y se des-
prende, produciéndose rápidamente la calvicie. Esto se evita est mu-
lando el funcionamiento de dichos vasos, bulbos y glándulas sebáceas, lo que se logra apli-
cand el agua La Flor de Oro, sin rival para la conservación del cabello—Se vende en las
perfumerías y droguerías.

COMPANY FOTÓGRAFO Fuencarral, 29.-Madrid

La Novela **TEATRAL**

publicará MAÑANA, el juguete cómico tetralingüe

FRANCFORT

original de

VITAL AZA



468

CONCESIONARIO:
LEÓN ORNSTEIN

CAJANA PH
MADE